

Sueños de una mujer en la Iglesia

Durante siglos, la Iglesia ha anunciado el Evangelio de la igualdad mientras mantenía estructuras que silenciaban a la mujer. Volver a Jesús —y a su forma de mirar, acoger y enviar— no es opcional: es la única manera de recuperar la credibilidad perdida.

[José Carlos Enríquez Díaz](#)¹. 06 abr 2026

Durante siglos, la historia del cristianismo ha estado atravesada por una contradicción difícil de ignorar: una fe que proclama la dignidad radical de toda persona ante Dios, pero una práctica e interpretación que ha relegado sistemáticamente a la mujer a un lugar secundario. **El sueño de una mujer en la Iglesia ha sido, demasiadas veces, el de ser reconocida como plenamente humana, plenamente creyente y plenamente imagen de Dios.**

No se trata de una cuestión menor ni reciente. Desde los primeros siglos, algunas de las voces más influyentes del pensamiento cristiano consolidaron una visión profundamente desigual. **Agustín de Hipona afirmaba que la mujer, por sí sola, no reflejaba completamente la imagen de Dios**, mientras que el hombre sí lo hacía en plenitud. Esta idea no solo marcó una teología, sino que legitimó una estructura eclesial donde la mujer quedaba subordinada no por cultura, sino supuestamente por designio divino.

La situación se agravó con la sistematización medieval. **Tomás de Aquino, influido más por Aristóteles que por el Evangelio, llegó a definir a la mujer como un “varón mutilado”**, sosteniendo que su sujeción al hombre era natural y ontológicamente justificable. Aquí la desigualdad dejó de ser una interpretación discutible para convertirse en una estructura aparentemente incuestionable del orden del ser. La razón —atributo supremo— era considerada patrimonio masculino; la mujer quedaba relegada a lo secundario, lo corporal, lo dependiente.

Ni siquiera la Reforma protestante, que rompió con tantas estructuras, logró liberarse de este lastre. **Lutero y Calvino**, aunque introdujeron avances en la comprensión del matrimonio, mantuvieron una visión profundamente patriarcal. Para Lutero, la mujer estaba fundamentalmente orientada a la maternidad y al servicio del hombre; para Calvino, su obediencia era parte del orden natural querido por Dios. **La subordinación femenina se convirtió así en norma teológica, social y espiritual.**

Sin embargo, lo más problemático no es solo lo que dijeron, sino cómo lo justificaron. Todos estos autores **creían apoyarse en la Biblia**, sin advertir que sus interpretaciones estaban profundamente condicionadas por sus contextos culturales. Aquí emerge una cuestión clave: la exégesis nunca es neutral. Como señalan teólogos contemporáneos como Hans Küng o José María Castillo, la lectura de los textos sagrados está siempre mediada por la mentalidad de quien los interpreta.

Esto abre una grieta decisiva en la tradición: **si la interpretación ha estado condicionada, también puede ser revisada.** Y en esa revisión, muchas voces actuales —como la de Margarita Muñiz Aguilar en *Femenino plural* (editorial Clie)— están recuperando una lectura más fiel al núcleo del Evangelio. No se trata de adaptar el cristianismo al mundo moderno, sino de **liberarlo de las deformaciones que lo han alejado de su origen.**

Porque, si volvemos a Jesús, el contraste es evidente. **Jesús rompe constantemente con los esquemas patriarcales de su tiempo**: dialoga con la samaritana (Jn 4), defiende a la mujer acusada diciendo “**el que esté sin pecado, que tire la primera piedra**” (Jn 8,7), permite que una mujer le unja en casa de Simón y declara que su gesto será recordado siempre (Mc 14,9). **Jesús no solo incluye a las mujeres: las dignifica públicamente frente a una sociedad que las despreciaba.**

Y hay un momento decisivo que desarma toda teología de la inferioridad: la resurrección. Los evangelios coinciden en que son las mujeres —María Magdalena y otras— las primeras en recibir el anuncio pascual (Mt 28,1-10). A María Magdalena se le confía el mensaje: “Ve y di a mis hermanos...” (Jn 20,17). Mientras los discípulos dudan, huyen o se esconden, **son las mujeres quienes sostienen la fe en el momento más oscuro.**

Este dato no es anecdótico, es profundamente teológico. **Si Dios confía a las mujeres el anuncio central del cristianismo —la resurrección—, ¿cómo justificar su exclusión posterior de los espacios de autoridad y palabra?** La respuesta no puede encontrarse en el Evangelio, sino en la historia.

El problema, entonces, no es solo del pasado. La Iglesia actual sigue arrastrando muchas de estas inercias, lo que afecta no solo a las mujeres, sino a su propia credibilidad. En un mundo que no es necesariamente secularista, pero sí crítico, **la incoherencia entre mensaje y práctica debilita el testimonio cristiano.** Como señala Xabier Pikaza, una Iglesia que no es comunidad real, igualitaria y viva, pierde su capacidad de ser “luz del mundo y sal de la tierra” (Mt 5,13-14).

A esto se suma otro elemento estructural: el modelo clerical. Una Iglesia centrada en ministros separados del pueblo, con estructuras rígidas y sostenidas económicamente por su función, ha favorecido dinámicas de poder poco evangélicas. La propuesta de recuperar un modelo más cercano al de Pablo —trabajando con sus manos mientras anunciaba el Evangelio— no es solo económica, sino profundamente espiritual. **Una Iglesia menos clerical y más comunitaria abriría necesariamente espacios reales para las mujeres.**

El cambio no es sencillo ni inmediato, pero es ineludible. No se trata de una reivindicación ideológica, sino de una exigencia evangélica. El cristianismo, en su raíz más profunda, es una experiencia de igualdad radical ante Dios. Como recuerda Pablo en Gálatas 3,28: “Ya no hay judío ni griego, esclavo ni libre, hombre ni mujer, porque todos sois uno en Cristo Jesús”. Todo lo que contradiga esto —por tradición que sea— debe ser revisado.

El sueño de una mujer en la Iglesia no es dominar, ni invertir jerarquías, ni imponer una nueva estructura de poder. **Es, sencillamente, ser reconocida como sujeto pleno de fe, de palabra y de misión.** Es poder interpretar, anunciar, decidir y servir sin estar condicionada por una inferioridad impuesta durante siglos.

Quizá el verdadero problema no sea que las mujeres hayan sido silenciadas, sino que **la Iglesia se ha privado a sí misma de la mitad de su voz.** Y una comunidad que no escucha todas sus voces no puede anunciar plenamente el Evangelio.

El futuro del cristianismo pasa, en gran medida, **por recuperar ese equilibrio perdido.** No como concesión, sino como fidelidad. Porque, en el fondo, los sueños de las mujeres en la Iglesia no son otra cosa que una llamada a que la Iglesia vuelva a **ser lo que estaba llamada a ser desde el principio.**

ⁱ Aprendí que la fe no era solo un sentimiento íntimo, sino un modo de estar en relación con los demás, una confianza compartida.

Amigos íntegros han sido para mí huellas del paso de Dios, presencia viva de una fe comprometida con la justicia y la vida.

Una iglesia que, en ocasiones, se muestra demasiado lejana del pueblo, de los pobres, atrapada en estructuras piramidales más que en el servicio..., la crítica puede ser también un acto de fidelidad al Evangelio.

Todo ello me ha hecho soñar con una **Iglesia de puertas abiertas**, donde todos tengan cabida, donde el compromiso no sea un discurso, sino una práctica, donde la fe se traduzca en gestos concretos de justicia, cercanía y fraternidad.